

Rosas rojas.

Blanca era morena. Blanca fue toda ella siempre una contradicción. Sus padres, gallegos, con 19 años, cero en sensatez y poco equipaje pero con la mente a rebosar de las andaduras y los sueños de grandeza que recorrían el camino inverso de los migrantes, de la Argentina a Galicia, se embarcaron. Así, envalentonados por la esperanza que mostraban las líneas de esas cartas dieron el salto. En 1887 pisaban aquella tierra y pronto encontraron trabajo, ella camarera y el pintor, ambos lejos de las azadas y las penurias que en Galicia eran, irremediamente, su único destino y felices de haber demostrado que estaban más cuerdos que los que se quedaron.

En enero de 1900, nació Blanca y el sol porteño de aquellos días imprimió para siempre en ella el moreno en la piel y el calor en las venas. En Buenos Aires Blanca creció, bajo la falda de su madre en los bares. Y si las marcas en una puerta son los testigos del crecimiento de la mayoría de los niños, para Blanca lo fueron las barras de los cafés: a los 3 años alcanzaba el borde de un salto, a los 7 ya llegaba al borde sin levantar los pies, a los 9 se podía ver su coleta desde el otro lado y a los 14 ya servía las mesas con la destreza del que está en su propia casa.

Si en Buenos Aires el café era para muchos más que religión, ir al café era como misa y existía una parroquia en cada esquina. Ningún porteño se sentía extraño en un café y en esos años, se multiplicaban por la ciudad a la vez que los europeos. Puede ser que los mejores chocolates con churros se sirvieran en La Armonía, en la esquina de la calle Bernardo de Irigoyen con la Avenida de Mayo. Y así, con los churros, España devolvió a Latinoamérica en una ínfima parte el favor del cacao, del café... les quedaba mucho más por resarcir afirmaba siempre su padre. También era lugar sagrado La Castellana, en la esquina de la calle Lima, un café al que a principios del siglo XX podía concurrir

insólitamente toda la familia pero también un lugar de peleas entre porteños e italianos que opinaban sobre la independencia en Cuba, como si aquella fuera también su guerra. En estos cafés y en muchos otros, Blanca desde su posición de vigía en la barra se impregnó de los pensamientos de intelectuales italianos y españoles pero también del habla indígena, de coplas andaluzas y hasta de suites francesas. Apoyada en su barra, como en el alféizar de una ventana al mundo, recorrió continentes completos. En cafés estudió, leyó, escribió y, por supuesto, se enamoró una y mil veces.

En estas primeras décadas del siglo, el tango empezaba a protagonizar la noche porteña, una música terrenal, con el lenguaje lunfardo de la calle, de las cárceles y de los barrios que fue nutriéndose de esencia europea y empezó a hablar también de Montmartre o París y después salió al mundo, como estandarte del esplendor bonaerense de aquellos años.

A eso de las ocho, los locales porteños se transformaban, la charla literaria dejaba paso al olor al sudor del baile que es muy distinto al sudor del labrador; del café al Fernet italiano y al vino de Mendoza, y por supuesto a la cerveza y también al whisky o al ron. Quizá los europeos no llevarían a Argentina industrias pero no olvidaron ni una de sus bebidas.

Blanca era la mina que podía inspirar cualquier tango y quizá por esto Carlos, en su afán de convertirlo todo en poesía le había dedicado sus primeras actuaciones de los jueves en el café París. Ese mismo Carlos Gardel, Zorzalito entonces, que pronto dejó las estrecheces de aquellos escenarios y conquistó la música.

Blanca llegó a la juventud a la vez que lo hacía esta sociedad y los años 20 fueron felices en la ciudad porteña en parte por ella. Manejaba el café París, conocía a los clientes, a algunos los admiraba y a otros muchos los detestaba pero a todos les ofrecía

la misma sonrisa y la misma charla amable, con una profesionalidad que incluso asustaba pues ningún detalle de su rostro permitió nunca explorar sus pensamientos y eran infinitos, créanme. En su inefable contradicción se enamoraba cada noche y caía en el desamor a la mañana; un día pensaba en marcharse a Madrid a escribir novelas y al siguiente ser gaucha en la Pampa y para cualquier cosa dudaba, decidía, se arrepentía... hasta que un día se plantaba, clavaba los pies y se dejaba caer. Así fue como decidió montarse en la avioneta.

Esta aventura comenzó una tarde de martes, de esas que presagiaban una retirada temprana por la amenaza del trabajo a la mañana siguiente, pero que pronto se olvidaban del día y eran solo noche. Al atardecer apareció Antoine por el café. Con un traje marrón, un maletín negro y una expresión de martes cualquiera. Era 1928 y algunos ya eran pasto de una anodina paz de domingo constante tras unos años frenéticos, de sábado interminable. Blanca nunca pensó en rendirse a la madurez ni en dejar que su local lo hiciera.

—Un café con churros —espetó Antoine.

—¿Y unas canciones no le apetecen más, caballero? Los churros son de esta mañana pero estas las tenemos recién hechas.

—Touché —Levantó la cabeza Antoine, sonrió y aceptó sin rechistar.

Comenzó a sonar la primera canción de la noche.

Antoine se convirtió en asiduo del local. Había llegado desde Francia para dirigir la filial argentina de una compañía aérea francesa. No era un empresario cualquiera, sino un irremediable entusiasta, de un espíritu impropio de su vestimenta y de su clase acomodada. Cada día desvelaba una nueva anécdota que dejaba atónita a Blanca. A los

pocos días descubrió que era también piloto y emprendedor, pero nunca de negocios, sino de aventuras. Y así fue dejándose caer en sus historias. Antoine, por su parte, veía en aquella mujer aún la frescura de la juventud y a la vez la personalidad callejera y astuta que te da la noche. Emocionados de conocerse, la una y el otro entablaron una amistad basada en conversaciones profundas con las últimas copas al cierre. Él le hablaba de Europa, de África... del mundo que había recorrido y ella de Buenos Aires. Le descubrió la ciudad que conocía a la perfección, le presentó a músicos y literatos y le embaucó con Fernet y tango. Hablaban poco de trabajo y mucho de libros, canciones y amores del pasado.

Antoine se empapó de la cultura bonaerense y solo seis meses después de su llegada nadie podía distinguirlo de cualquier porteño. Intercalaba sus viajes, sus obligaciones más mundanas en la oficina y sus visitas a los cafés, donde una de sus mayores aficiones era observar a Blanca mientras molía café cada tarde, tarareando *Rosas rojas*. Bajito, distraído y en su voz, el tango era una música nueva y cantar otra palabra diferente.

Un día cualquiera, Antoine removía el café sin prisa y en un silencio, el joven que ya conocía bien a Blanca y la sabía dueña y señora de la ciudad de la que tanto alardeaba pero inexperta en el resto de las cosas del mundo y además terca hasta decir basta, decidió ponerla en apuros:

—¿Voy en cinco días a Chubut, venís?

—¿En avión decís?— preguntó Blanca tras titubear más de lo que solía hacerlo.

—No mina, en burro.

Blanca levantó las cejas, dio un paso atrás y lo miró — ¿En burro?—Antoine comenzó a reír como solo se reía de sus ocurrencias.

—Pues claro que en avión, ¿venís o tenés miedo?

—Ché, pues claro que voy— Se apresuró a contestar para reafirmarse en su testarudez.

Y no durmió Blanca en tres días: —Voy, va. —Uf no, no, no voy. —¿Y si el boludo del francés me pierde?, ¿sabrá pilotar realmente? —¿y si ese condenado no es quien dice ser y me ha mentado todo este tiempo?...—Seguro que es una aventura...

Ideas absurdas y otras más sensatas la bombardearon. Pues sí, tenía pavor, pero nunca lo reconocería. Ella que se creía valiente y capaz de todo, se dio cuenta de que únicamente era la reina en su café y solo ese francés chalado se lo había hecho ver. Tras mil y una vueltas se plantó y se lanzó. Prefirió arrepentirse de hacerlo que de tener la duda y decidió elegir la aventura, eso se dijo a si misma siempre pero esta vez la terquedad sí fue la que tomó la decisión por ella.

Y se montó por primera vez en su vida en un avión, más bien una avioneta. Parecía tan ligera que cualquiera diría que era de cartón. Sin saber ni dónde ni a cuánto tiempo estaba el destino.

— ¿Preparada?

—No, sí, esperate, sí. — Secó el sudor de sus manos con el pantalón y cerró los ojos.

Y ya el primer minuto de vuelo, pese al nudo en la garganta que casi no la dejaba respirar, supo que le valió la pena. Y desde arriba observó el Atlántico y la ciudad que al poco dejaron atrás y comenzó la llanura. Ríos e incluso grandes rebaños podían ver desde ahí. Tierras vastas, miles de kilómetros sin gente. Ella que no estuvo sola nunca

se sintió abrumada. Y aunque lo había leído mil veces, ni las palabras mejor escritas ni su imaginación más inspirada harán justicia a la verdad que solo tienen los ojos divinando la extensión de aquellas llanuras y la soledad de un país como aquel, tan distinto al que conocía.

Aterrizaron en Bahía Blanca para repostar y emprendieron de nuevo el viaje, bordeando la costa de la región de Río Negro y luego el golfo San Matías. Blanca intentó no pestañear siquiera en las siete horas de vuelo. Al borde de la caída de la tarde Antoine aterrizó con destreza en una pequeña pista, dejando el avión a pocos metros del fin de un acantilado en península Valdés, cerca del minúsculo pueblo de Puerto Pirámides donde pasarían dos noches mientras Antoine repasaba con los locales la geografía y las necesidades de la región.

Primero bajó Antoine y Blanca permaneció en silencio sentada en el asiento del copiloto. Nunca estuvo tan callada. Al notar la mano de Antoine en su hombro despertó, bajó de un salto y aunque aún le temblaban las piernas, saltó, gritó y corrió como una niña mientras Antoine sonreía, ya casi preocupado por si esa loca caía por el acantilado de pura emoción.

A la mañana siguiente, salieron a recorrer la región con un grupo de locales muy interesados en que por fin la aeroposta llegara a esta zona del fin del mundo.

Y así recorrieron la cara oeste del istmo Carlos Ameghino. Cerca del mediodía, se sentaron a descansar en una playa de una belleza salvaje que no alcanzaríamos siquiera a imaginar, observando la bahía que para Blanca siempre sería infinita. Frente a ellos el mar y los pájaros que eran tantos que tapaban el sol. Podían sentir en su pecho el sonido de su trinar como si fueran golpes. Y aun con lugareños, y focas y mil animales más, parecían aislados en la complicidad que habían creado.

- Esa isla es increíble, ¿te imaginas cuantos pájaros puede haber ahí?

—Millares seguro. Parece un sombrero ¿verdad?

—Um no sé, a mí me parece más una serpiente.

—¿Cómo? Quizá la zona baja de la playa, pero ¿y la montaña?

—Pues un elefante

—¿Entonces es una serpiente o un elefante, Blanca?— se burló Antoine.

—Las dos cosas, obvio, una serpiente... Um, una boa que se tragó un elefante.

—Chalada...— Antoine se rió y la miró con los ojos vidriosos no solo por el viento

Al día siguiente regresaron a Buenos Aires. Chubut siguió sin aeroposta por mucho tiempo y quizá esto ayudo a que conservara su esencia. Para Blanca fue el viaje que la cambió un poco para siempre, el primero de muchos. A Antoine, le hizo querer un poco más si cabe a Blanca y un poco más si cabe a aquella hermosa tierra, y aunque en ese momento no lo imaginaba siquiera, también cambiaría su vida para siempre. De Antoine, piloto que jugaba a ratos con las letras quedó para nosotros, para el resto de los días y para toda la humanidad, el Saint-Exupéry filósofo, y quizá poeta, nos legó sus historias y su experiencia. Él, príncipe; ella, rosa y los dos, terquedad e inocencia. A los pocos días, en una reunión, Antoine conoció a Consuelo, salvadoreña. Consuelo tuvo a bien el destino que se llamara. Y al poco se marchó, de nuevo a Europa a seguir volando, para terminar su viaje en un mar distinto. Blanca lejos de sentir tristeza, agradeció para siempre aquella amistad, de las pocas que tuvo verdaderas, y continuó su vida, ligera, ajena a que lo cambió todo, a que fue la rosa roja que el principito tanto amaba, a que será historia de las letras.

Café.